



Anselm Grün, O.S.B.¹

Job: el justo sufriente

Job no es una figura histórica, sino el arquetipo de un hombre sabio y justo. Después de la II Guerra mundial, pocas figuras bíblicas han encontrado tanto eco en la literatura como la figura de Job. Job significa «el perseguido». Se siente como el hombre al que todos los demás persiguen. No puede siquiera experimentar a Dios como su amigo y protector, sino como el incomprensible, que le sumerge en la desgracia. Job puede traducirse también por: «¿Quién es el padre?». El que sufre tanto como Job se siente huérfano de padre. Nosotros, igual que Job, gritamos a Dios como Padre nuestro cuando nos sobreviene, una enfermedad incurable, cuando nuestro proyecto de vida se viene abajo o cuando se nos arrebatan un ser querido. Invocamos al Padre cuando dejamos de comprender nuestra vida. Y nos rebelamos contra Dios, porque ya no podemos experimentarlo como Padre, sino como enemigo, igual que Job.

Hus, el país de donde proviene Job, no es posible ya localizarlo en un mapa. Se trata de un país ideal, donde los hombres tenían todavía una connatural e intacta relación con Dios. Puesto que la relación con Dios no está aún enturbiada por el pecado, en este país abundan también las situaciones paradisiacas. Pero de este paraíso es expulsado Job por el poder del maligno. Esto le sumerge en una dura prueba de fe. La confrontación que describe el poeta de este libro bíblico era típica para el pueblo de Israel, especialmente en los tiempos del destierro en Babilonia. Pero es una confrontación que se da en cualquier hombre que se esfuerza por vivir en la virtud y experimenta una y otra vez el sufrimiento y la desgracia. El libro de Job muestra a los hombres el camino para no desesperar ni apartarse de Dios cuando todo lo suyo se desmorona.

De Job se dice: «Era un hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» (Job 1,1). Su rectitud había sido recompensada. Tenía siete hijos y tres hijas, y una gran hacienda. Vivía en paz y gozaba de su vida. Pero un día le sobreviene la desgracia. Todo le es arrebatado: primero sus posesiones, después sus hijos, y finalmente su salud. Cuando él ha perdido todo cuanto amaba y cuanto le era querido, cae en tierra y dice: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí. El

¹ Anselm Grün, Monje y sacerdote benedictino alemán, nacido en 1945. Es doctor en Psicología, Teología y Ciencias empresariales. También es consejero espiritual y director de cursos de oración y meditación. Vive en la abadía de Münsterschwarzach (Alemania), de la cual es prior:

Abtei Münsterschwarzach

P. Anselm Grün

Schweinfurter Straße 40

97359 Münsterschwarzach Abtei

Tel.: 0049 (0) 9324/20 230

Fax: 0049 (0) 9324/20 231

E-Mail: Anselm.Gruen@Abtei-Muensterschwarzach.de

Internet: <http://www.abtei-muensterschwarzach.de/>

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1,21). El hombre que tanto éxito había tenido, en la vida no está aferrado a sus bienes. Sabe que todo lo ha recibido de Dios. Es ya una actitud sorprendente. Abandona todas las ilusiones en una vida llena de éxitos. Pero entonces se le acercan los amigos, primero, para acompañarle en silencio. Con él permanecen siete días y siete noches en silencio total. «Ninguno le dirigió la palabra, pues veían que su dolor era muy grande» (Job 2,13). Es una actitud magnánima: sufrir el dolor del otro sin pronunciar una sola palabra. Pero, cuando al cabo de siete días comienzan a hablar, intentan elaborar una teoría que explique el destino de Job. El destino del amigo confirma para ellos su teología: sólo el culpable sufre desgracias. Job, por tanto, debe indagar dónde se ha hecho culpable.

Cuando pretendo interpretar el destino de un hombre y desarrollo una teoría que explique ese destino, estoy demostrando que con ese hombre mantengo una conexión meramente física. No me adentro en el interior del hombre probado por el sufrimiento. Me escondo detrás de la teoría que lanzo sobre él. Job se defiende de las teorías de sus amigos y de sus intentos de explicar su destino. Rechaza todos los intentos de explicación. El sostiene con firmeza que no es culpable ante Dios. Esto puede resultarnos extraño. Todos sabemos que somos pecadores. Pero Job está seguro de su inocencia. No ha obrado nunca contra Dios ni contra su voluntad. Está seguro de saber lo que es recto. Y no se deja convencer por sus amigos de que, a pesar de su convicción, él es culpable de su suerte. Dios le da por fin la razón. A los amigos de Job les dice: «No habéis hablado bien de mí, como lo ha hecho mi siervo Job» (Job 42,3). Dios no ofrece ningún discurso de justificación. Se limita a mostrar a Job los milagros de su obra creadora. Esto convence a Job, el hombre atribulado por el sufrimiento. Cuando ve con sus propios ojos todo cuanto Dios ha creado, confiesa: «Yo he hablado, insensatamente, de maravillas que me superan y que ignoro» (Job 42,3).

De Job me fascina que no se deje llevar por el juego, sino que confíe en sus sentimientos. El no se siente culpable. A un hombre así pueden entenderle los hombres.

Durante siglos han tenido que escuchar la misma cantinela: que ante Dios deben hacerse siempre pequeños; que, sobre todo, deben indagar y reconocer sus culpas. Job nos permite situarnos ante nosotros tal como somos, sin inculparnos a nosotros mismos. Nietzsche criticó, a veces con razón, la tendencia en el cristianismo a ver pecado por doquier y a menospreciar al hombre. Expresaba así el sentir de muchos que se han alejado del cristianismo por estar ya hartos de buscar por todas partes el pecado y de sentirse siempre pecadores. No se trata de justificar todo lo que se hace, sino de adoptar una actitud sana frente a las propias acciones. El hombre justo sabe apreciar lo que merece aprecio, los valores que él desearía representar. No puede admitir que se desprecien todos sus esfuerzos por la rectitud, cuestionándolo todo y descubriendo por todas partes pecados y culpas. Job nos da el valor de seguir adelante, frente a toda clase de explicaciones precipitadas. Nosotros no podemos dar respuesta alguna sobre el porqué de una enfermedad que nos sobreviene o de un determinado destino que nos alcanza. Hemos de aceptar simplemente que no disponemos de explicación.. Los hombres se resisten a que alguien les explique con precisión por qué se encuentran en esta o en aquella situación.. intuyen que hay cosas inexplicables. Y prefieren conservar esa intuición a confiar sin más en los precipitados intentos de explicación.

Dios da la razón a Job y le devuelve al final todas sus posesiones. Después de haberlo perdido todo, cuando ya había desaparecido en él la idea de definirse por sus

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



posiciones y su renombre, lo recibe todo de nuevo. Ahora puede disfrutarlo agradecido, sin aferrarse a ello. La Biblia muestra en este justo sufriente que Dios es capaz de transformar hasta el fracaso. En aquel a quien todo se le ha derrumbado, Dios puede construir algo nuevo, que sobrepasa lo primero. Es un mensaje consolador para aquellos hombres cuya vida no discurre tan bien como ellos habían soñado.

En Job nos encontramos con el justo sufriente, que era para Israel una figura arquetípica, transferida después a Jesús. En esta figura se hace patente la experiencia amarga de que con frecuencia son precisamente los justos los que tienen que sufrir. La teología del sufrimiento se escribe aquí con rasgos novedosos. En todas las religiones aparece la idea de que el hombre es el artífice de su propio sufrimiento, de que él mismo es culpable de su enfermedad. Desde la psicología, nosotros sabemos que en esta teología hay naturalmente algo de verdad. Pero no deja de ser una teología peligrosa. Ella dice al enfermo: Tú mismo te has causado tu enfermedad. Y dice a cada hombre que sufre: Tú mismo eres culpable de esto; tú has vivido sin duda prescindiendo de ti y de tu verdad. Job nos libera de esta teología que menosprecia al hombre. No, el sufrimiento no se ceba siempre en aquellos que lo han merecido, sino también, y con bastante frecuencia, en aquellos que han vivido con rectitud. Viene de fuera, sin que podamos determinar siempre las causas. No nos ayuda, pues, para quedar satisfechos, buscar convulsivamente en nosotros una culpa, sea psicológica o moral. Como Job, debemos combatir el sufrimiento y pelear y luchar con Dios. Debemos inculpar a Dios de que nos haya cargado con algo así. Todos los sentimientos deben salir a relucir. Y sólo cuando hayamos desahogado todos los sentimientos de rabia, de aflicción, de frustración, de desesperación y de dolor, estos podrán transformarse, y nosotros podremos reconocer súbitamente, como Job, el misterio de Dios. De todos modos, tampoco entonces podremos explicar el sentido de nuestro sufrimiento. Hemos de renunciar a iluminar teológicamente las causas y el sentido de nuestro sufrimiento. En silencio, hemos de postrarnos ante el Dios incomprensible y ante el sufrimiento inescrutable. Mientras renunciamos a encontrar una explicación, puede surgir en nosotros algo nuevo, como en Job, que nos dé fuerzas para volver a empezar y que haga nuestra vida más rica que antes.

La imagen arquetípica del justo sufriente se asemeja a la del mártir. Pero hay una diferencia. El mártir se encuentra con el sufrimiento por permanecer firme en sus convicciones. El justo sufriente desconoce la razón por la que tiene que sufrir. Sufre, y no es ni por ser justo ni por ser pecador. El sufrimiento es un misterio. Job no puede explicar el porqué de su sufrimiento. El puede únicamente decir sí al sufrimiento que le ha tocado vivir. Su misión es la de aceptar la provocación del sufrimiento e ir madurando así. Los hombres esquivan con facilidad el sufrimiento. Lo eliminan o intentan vencerlo con todos los medios posibles: medicamentos, técnicas espirituales, dietas de alimentación, etc. Desean combatirlo, aun a costa de quedar atrapados entre sus garras. Sufrir es para ellos una provocación, algo que ha de cambiar, y se deciden a hacer frente al sufrimiento de manera activa. Esto es sin duda algo saludable en el hombre. Pero hay también un sufrimiento que no se puede ya combatir ni vencer. Uno ha de saber reconciliarse con él. Frecuentemente, esto resulta difícil para los hombres. Consideran como enfermedad narcisista el reconocer que no pueden vencer el sufrimiento con sus propias fuerzas. Pero cuando ellos aceptan su sufrimiento y lo ven como un reto, entonces se convierte para ellos en un maestro importante. Les obliga a abandonar las ilusiones que se han hecho sobre sí mismos, la ilusión por ejemplo de que

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



ellos tienen la vida en sus manos o de que pueden garantizar su salud con una forma sana de vivir. En la enfermedad y el sufrimiento se me arrebató todo aquello en lo que me había apoyado. No puedo ya definirme por mi éxito, por mi fuerza, por mi salud. Necesito un fundamento más profundo para poder vivir, y Dios se presenta en última instancia como el verdadero fundamento.

Los hombres que han tenido que afrontar el sufrimiento y que han pasado por él destellan una luz peculiar. Han conseguido la verdadera sabiduría. El sufrimiento los ha ablandado y los ha iniciado en los más insondables misterios. Cuando yo me encuentro con estos hombres, me siento siempre profundamente impactado. Surge en mí un temor reverencial ante el misterio de estos hombres, ante su sabiduría, ante la transformación que han experimentado en el sufrimiento. El libro de Job termina diciendo que Job recuperó todas sus posesiones, que llegó incluso a ser más rico que antes. La experiencia que hay detrás de este «*happy end*» la he podido ver confirmada en los hombres que han tenido que sufrir. No sólo recuperan la salud, la fuerza o el éxito del pasado. Ellos irradian algo más importante que una riqueza externa. La riqueza interior que resplandece en ellos supera con creces la que dejaban vislumbrar antes de haber pasado por el sufrimiento. Me fascinan estos hombres. Y presiento que de ellos brota la sabiduría que nos podría enseñar hoy el modo de vivir en plenitud. Naturalmente, podría decir lo mismo de las mujeres probadas por el sufrimiento. Irradian un fulgor similar. También las mujeres poseen un instinto especial para el secreto del justo sufriente.